**DOMINGO, 13 de setiembre de 2020. XXIV TIEMPO ORDINARIO**

La semana pasada hablábamos de la corrección fraterna, un tema de capital importancia si queremos construir comunidad. Hoy trataremos otro tema fundamental para saber ser hermanos: el perdón.

Los cristianos nos pasamos la vida pidiendo perdón a Dios. Incluso nos aburrimos de estar siempre pidiendo perdón por las mismas cosas. Nos aburrimos de nosotros mismos, de nuestra incapacidad para convertirnos y cambiar de una vez por todas. Sin embargo, a pesar de esto, experimentamos también lo que dice el papa Francisco: Que Dios no se cansa de perdonar.

En efecto una y otra vez constatamos nuestras miserias. Pero una y otra vez constatamos también la Misericordia de Dios. Y es esa experiencia de Amor incondicional, la que finalmente nos va cambiando y va transformando nuestro corazón.

Pero las lecturas de hoy nos cuestionan sobre nuestra capacidad para perdonar a los demás. Hemos dicho antes que Dios nos perdona siempre, pero… ¿hacemos nosotros lo mismo con nuestros hermanos?

La primera lectura nos dice: “*Acuérdate de los mandamientos y no guardes rencor a tu prójimo, acuérdate de la alianza del Altísimo y pasa por alto la ofensa”.* Sentimientos como la ira o el rencor son inevitables cuando el hermano nos ofende, pero lo que nos pide Dios no es que no los sintamos, sino que no los guardemos en el corazón ni los alimentemos.

Y en el evangelio el Señor nos dice: *“Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?”.*

Es lógico que Dios nos pida que perdonemos si queremos ser perdonados. Porque Dios es Amor y pedirle perdón significa querer vivir por Amor, con Amor y en el Amor (o lo que sería lo mismo: por Cristo, con Él y en Él). Y vivir así excluye por completo el rencor, la ira, el odio, la enemistad y el rechazo del hermano por el motivo que sea.

Señor, Dios nuestro, ayúdanos a perdonar a los demás como tú nos perdonas a nosotros.

Mn. Antoni Reina